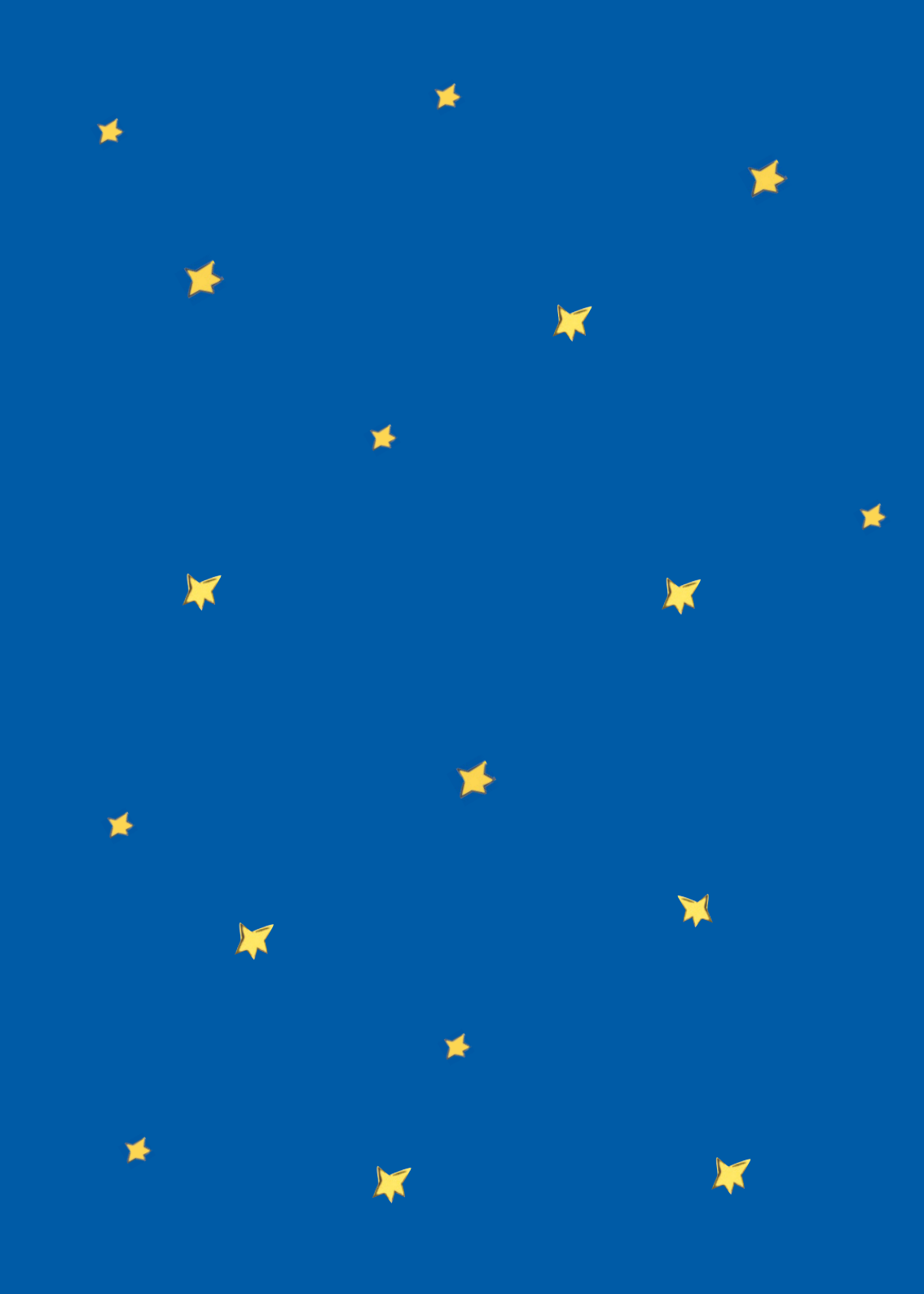
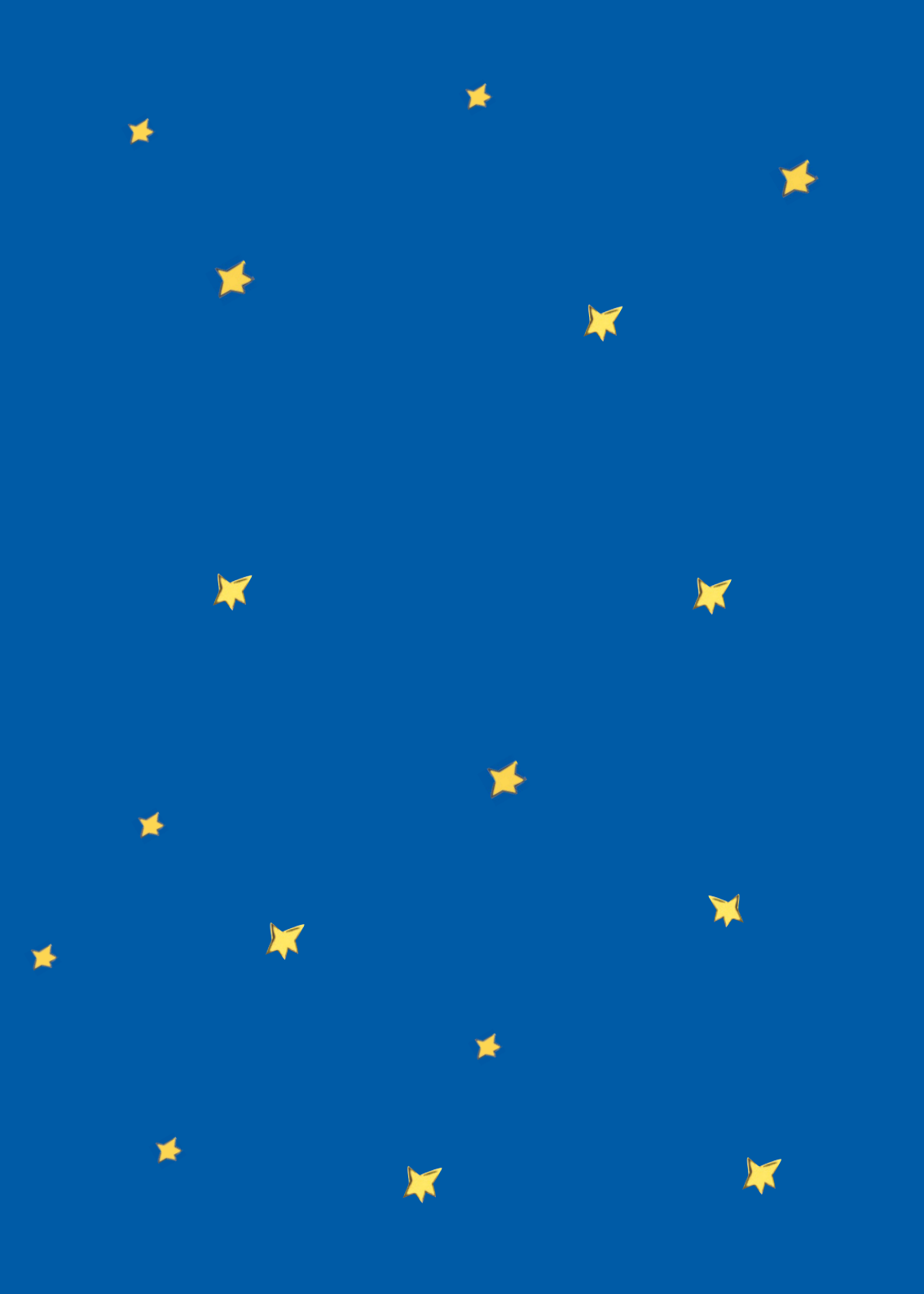


Mi primera lectura de *El Principito*

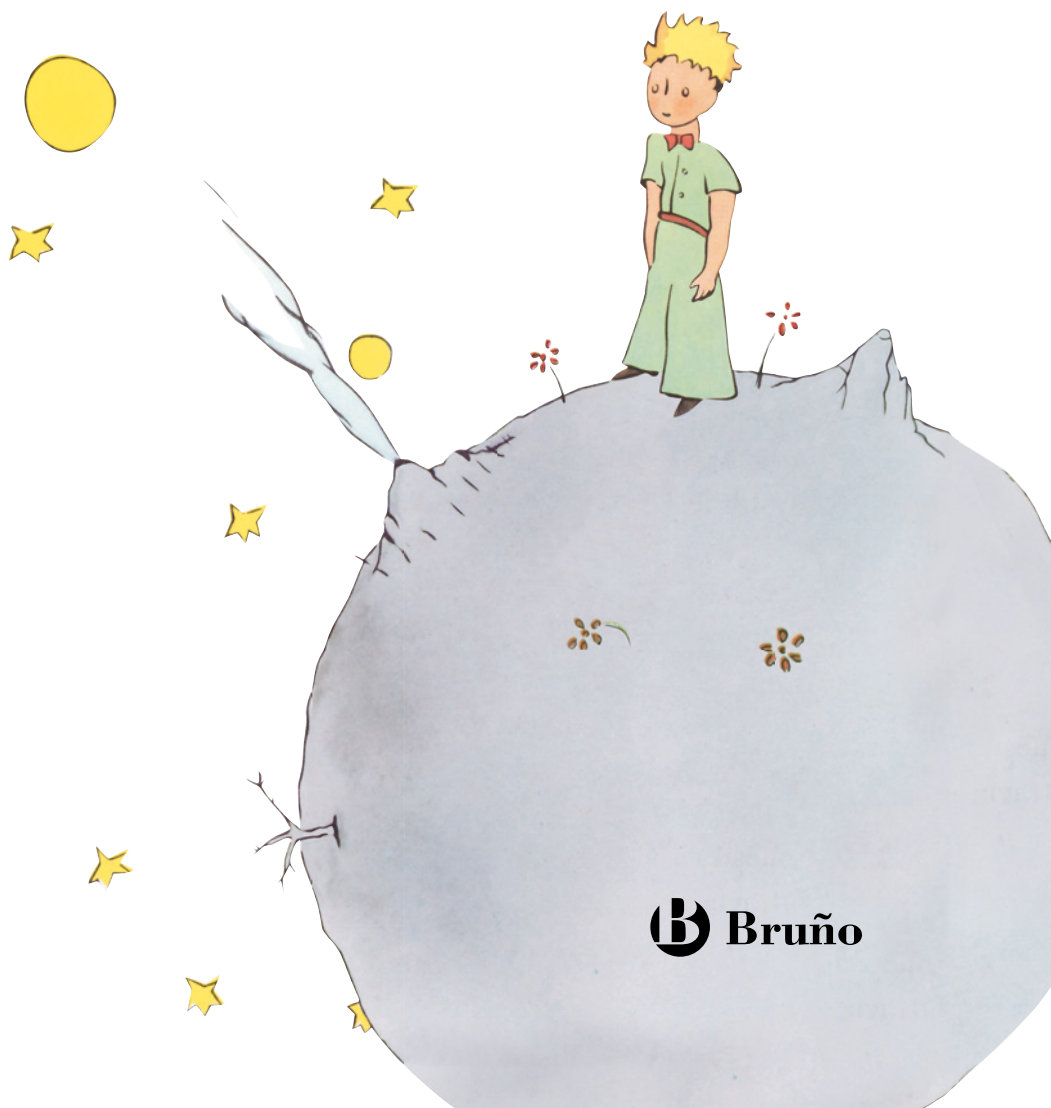


VERSIÓN
ADAPTADA





Mi primera lectura de
El Principito





Le Petit Prince®

El Principito / Le Petit Prince®

© Antoine de Saint-Exupéry Estate, 2025

Proyecto: © 2025 Grupo Editorial Bruño, S. L.

Título original: *Le Petit Prince*

Dirección Editorial: Begoña Lozano

Traducción y adaptación: Daniel Cortés Coronas

Edición: María José Guitián

Preimpresión: Pablo Pozuelo

Primera edición: mayo 2025

© 2025 Grupo Editorial Bruño, S. L.

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.brunolibros.es

ISBN: 978-84-696-4515-4

Depósito legal: M-7404-2025

Reservados todos los derechos

Impreso en España-Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

I

Érase una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él y que necesitaba un amigo.

Es triste vivir en un planeta donde no hay espacio para nadie más.

Incluso en un planeta tan inmenso como la Tierra, puedes sentirte solo. Yo lo sé muy bien. Hace unos años, mientras sobrevolaba el desierto del Sáhara, algo se rompió en el motor de mi avión y tuve que aterrizar.

Viajaba sin mecánico ni pasajeros, así que me tocó realizar una reparación difícil sin ayuda.

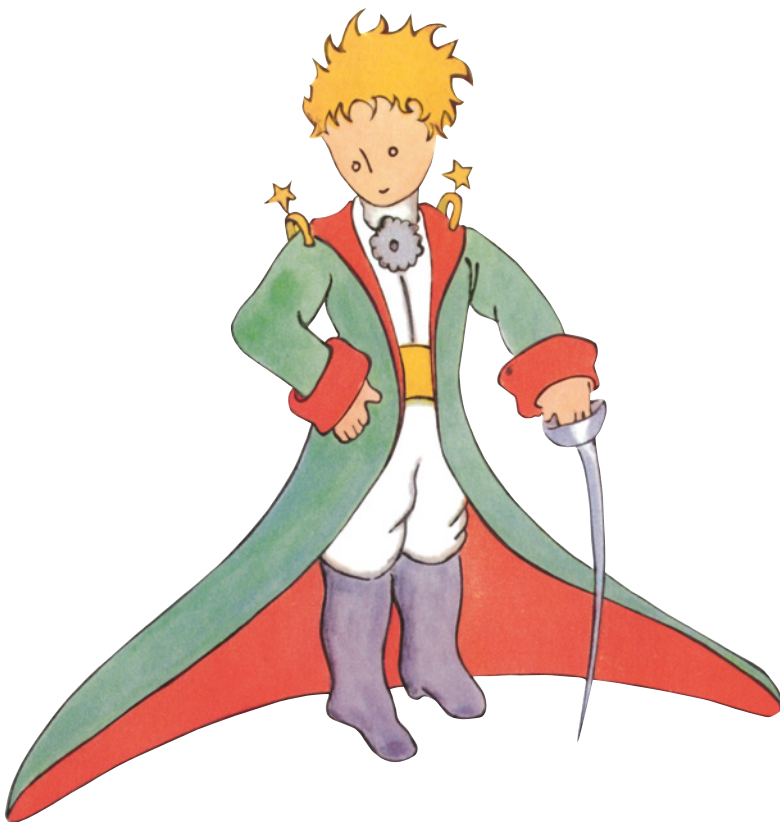
Escapar era imprescindible, pues solo tenía agua para ocho días.

Ya os podéis imaginar, pues, mi sorpresa cuando, tras mi primera noche en el

desierto, me despertó una vocecilla infantil que decía:

—Por favor..., ¡dibújame un cordero!

Me puse en pie y vi a un jovencito que me observaba muy serio. Seguramente querréis haceros una idea de cómo era, y por eso me he esforzado en dibujarlo. Este es, pues, el mejor retrato que he llegado a hacer de él.



Debéis saber, sin embargo, que el jovencito de mi dibujo es mucho menos adorable que el modelo. No es culpa mía. De pequeño, inicié una magnífica carrera de artista, pero mis primeras obras de arte no tuvieron mucho éxito entre los adultos y enseguida me desanimé.

A los seis años, cayó en mis manos un libro con unas ilustraciones maravillosas sobre la selva. Gracias a él, supe que las boas se tragan a sus presas enteras. Después de ese esfuerzo, duermen seis meses mientras hacen la digestión.

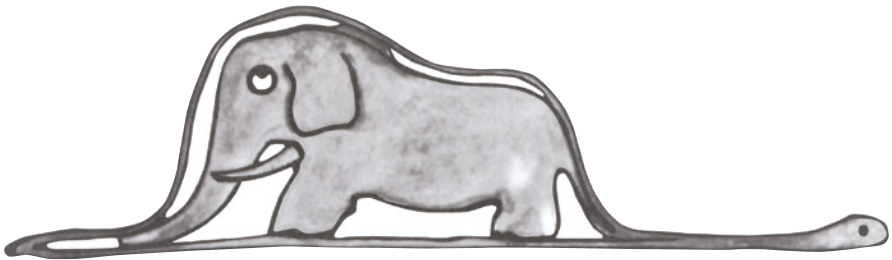
La vida en la selva me impresionó mucho. Cogí lápices de colores y dibujé una idea que me rondaba por la cabeza. Así era, pues, mi dibujo número 1:



Mostré mi obra maestra a los adultos y les pregunté si les daba miedo. Pero ellos me contestaron: «¿Por qué debería dar miedo un sombrero?».

¿Un sombrero? Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba a una boa que se había tragado a un elefante y que se estaba echando una siesta mientras lo digería. Así que dibujé la boa por dentro, para que los adultos lo entendieran. Los adultos nunca entienden nada por sí mismos, y los niños deben tener mucha paciencia con ellos.

Mi dibujo número 2 era así:



Pero este dibujo también fracasó.

Los adultos me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos y que me interesara por la geografía, la historia, las matemáticas y la lengua. Fue así como abandoné mi deseo de ser pintor.

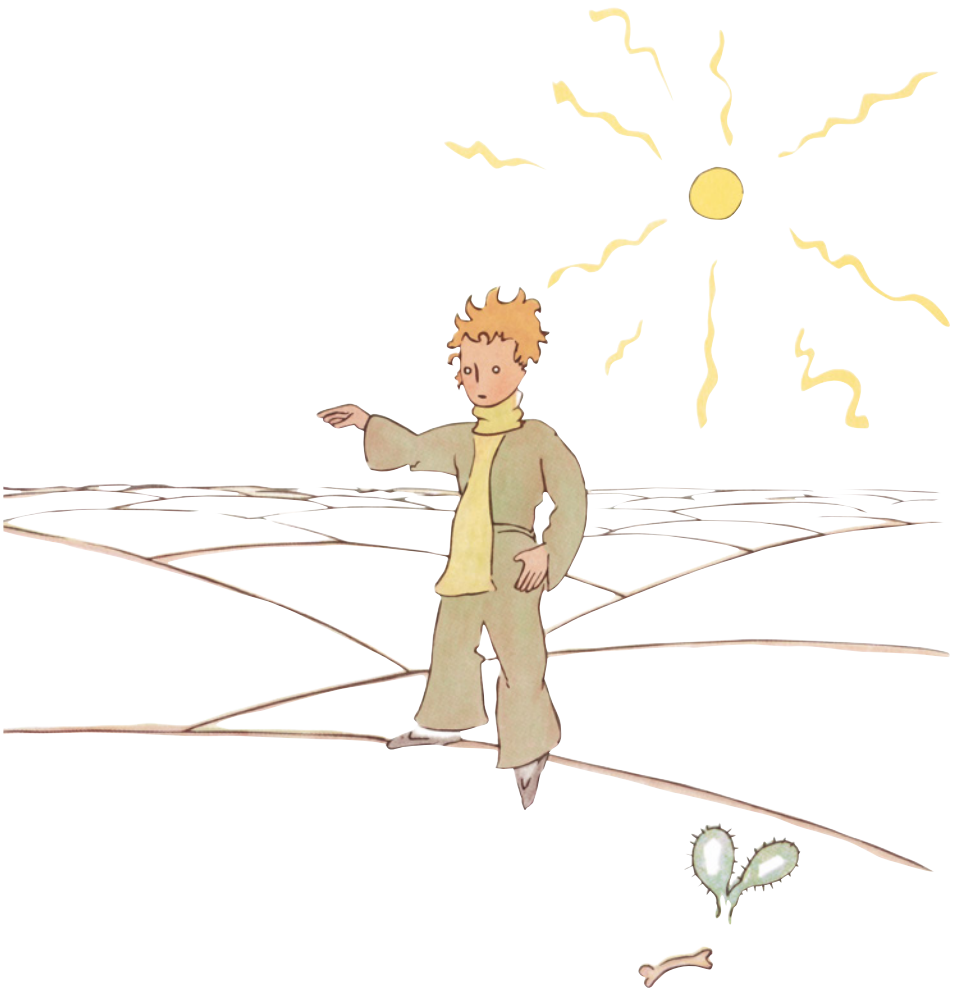
Así pues, tuve que elegir otro oficio, y aprendí a pilotar aviones para volar por todo el mundo. Y la geografía y todo lo demás, de hecho, me ayudaron mucho. Sabía distinguir a primera vista un desierto de China de uno de Arizona.

A lo largo de mi vida he tratado con un montón de gente seria de muchos países. He conocido de cerca a hombres de negocios, políticos, sabios, comerciantes. Pero mi opinión sobre los adultos no ha mejorado demasiado.

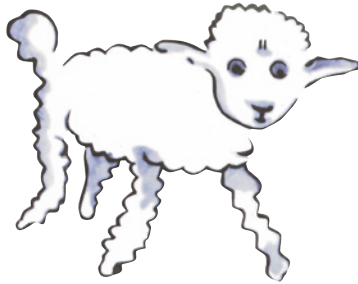


II

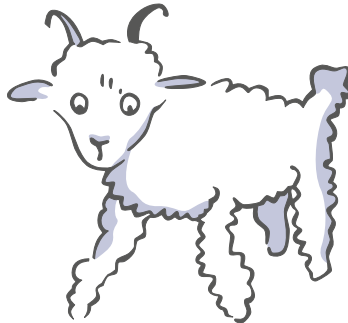
—Dibújame un cordero... —repitió él.
Me quedé mudo delante de aquella personita
que no parecía ni muerta de cansancio,
ni muerta de hambre, ni muerta de sed.
No tenía de ningún modo el aspecto de un niño
perdido en mitad del desierto.
Cuando por fin recuperé el habla, le dije:
—Pero... ¿qué haces tú aquí?
En lugar de contestar a mi pregunta, insistió:
—Por favor..., dibújame un cordero...
—Yo no sé dibujar —confesé.
—Eso da igual. Dibújame un cordero.
Como yo nunca había dibujado un cordero,
reproduje uno de los dos dibujos que sabía
hacer. El de la boa por fuera.
Y me quedé estupefacto al oírle decir:



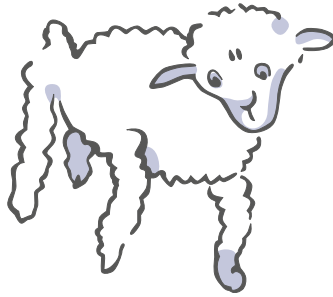
—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa, y a un elefante no sabría dónde meterlo. En mi hogar no hay sitio suficiente. Lo que necesito es un cordero. Este, por tanto, es el cordero que le dibujé...



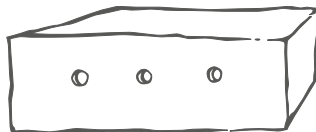
Lo miró con mucha atención y exclamó:
—¡No! Este está muy enfermo. Haz otro.
Y esto fue lo que dibujé:



El muchacho me sonrió, como armándose de paciencia, y añadió:
—Fíjate bien... ¿No ves que no es un cordero? Tiene cuernos, así que es un carnero. Y tuve que hacer un tercer intento...



Pero mi joven desconocido lo rechazó también.
—Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.
Entonces, un poco harto, porque tenía prisa por empezar a desmontar el motor, esbocé este dibujo con unas pocas rayas...



—Toma, una caja. El cordero que tú quieres está dentro.

—¡Justo así es como lo quería! —exclamó con una gran sonrisa—. ¿Tú crees que este cordero necesita mucha hierba? En mi hogar hay poca...

—No, no creo que coma mucha. Te he dado un cordero muy pequeño.

Él miró atentamente el dibujo antes de decir:

—Bueno, no tan pequeño... ¡Mira! Se ha dormido...

Y así fue mi primer día en el desierto con el principito.

III

Aunque mi nuevo amigo me hacía muchas preguntas, él nunca respondía a las mías. Sin embargo, poco a poco, fui encontrando respuestas. Así, cuando vio por primera vez mi avión, me preguntó:

—¿Qué es esta cosa?

—Esta cosa es un avión. Y puede volar —dije con cierto orgullo.

—Entonces, ¿has caído del cielo? Qué gracia...

—rio él.

La risa del principito era muy bonita, como el sonido de un cascabel. Pero a mí me irritó un poco. No me parecía que mi avería fuera cosa de risa. A él, en cambio, no parecía importarle estar en mitad del desierto, a mil millas de cualquier lugar habitado y sin apenas agua.

Después, añadió:

—Entonces, ¿tu hogar también está en el cielo?

¿De qué planeta eres?

Ese comentario arrojó luz sobre el misterio de su presencia. Intenté averiguar más:

—¿Así que vienes de otro planeta?

Como él no contestó, yo insistí:

—¿De dónde vienes, amigo mío? ¿Adónde te quieres llevar mi cordero?

Pero él se limitó a observar:

—Me gusta que me hayas dado esta caja porque, de noche, le servirá de casa.

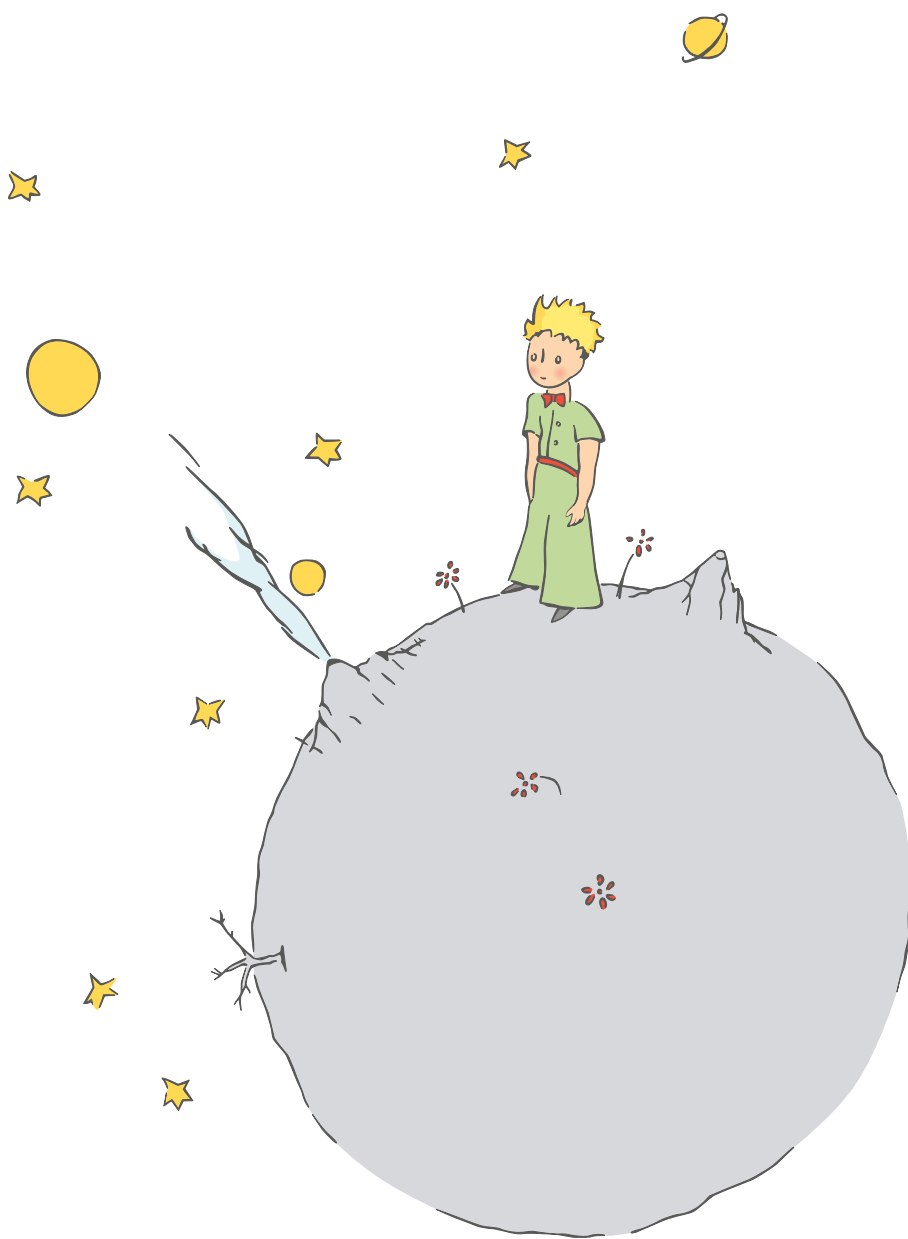
—Claro. Y, si quieres, te daré también una cuerda para atarlo. Así no se escapará...

—Pero ¿adónde quieres que vaya?

—Vete a saber. Todo recto, sin parar...

—Todo recto, sin parar, no se llega muy lejos... ¡Mi hogar es muy pequeño!

Y así fue como el segundo día averigüé dos cosas importantes sobre el principito: que había caído del cielo y que su planeta era tan pequeño que un cordero, caminando todo recto, le daría la vuelta en cuatro brincos.



IV

Día tras día, iba descubriendo algo más sobre la vida del principito.

Una nueva pregunta sobre su cordero dio pie a una conversación muy interesante:

—¿Es cierto que los corderos se comen los arbustos?

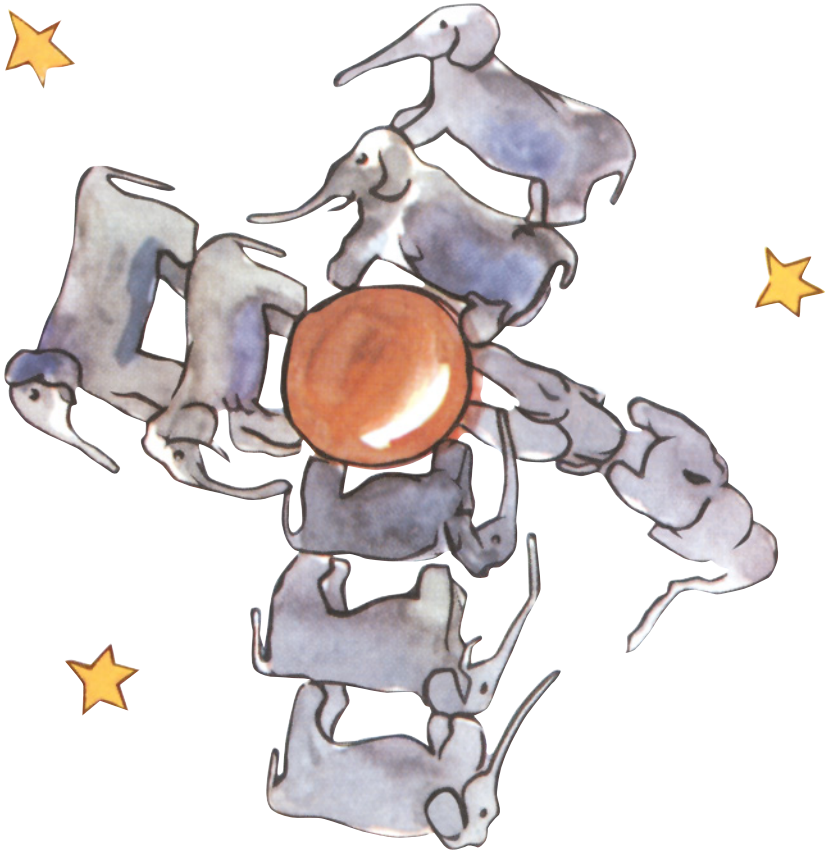
—Sí. Es cierto.

—¡Ah! Me alegro. ¿Y los baobabs también?

—Los baobabs no son arbustos, sino árboles grandes como un campanario. Aunque te regalase una manada entera de elefantes, ni siquiera todos juntos podrían terminar de comerse un baobab.

La idea de una manada de elefantes en su planeta hizo reír al principito:

—Iba a tener que ponerlos unos encima de otros...



Y, con mucha paciencia, me hizo notar:

—Los baobabs, antes de hacerse grandes, empiezan siendo pequeños, ¿lo entiendes?



Y no me dio más explicaciones. Tuve que hacer un gran esfuerzo para comprender este problema por mi cuenta.



Como sabemos, en la Tierra y en cualquier otro planeta, hay buenas hierbas y malas hierbas. Y es importante saber distinguirlas en cuanto aparecen. Si se trata de una brizna de rábano o de rosal, puedes dejarla crecer a su aire. En cambio, si es una planta dañina, hay que arrancarla enseguida. Al principio, un pequeño baobab puede parecer muy poquita cosa, pero si no reaccionas a tiempo, ya no puedes deshacerte de él. Se apodera del planeta entero. Lo perfora con las raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño, como el del principito, lo revienta.



Por eso, por las mañanas, después de levantarse y arreglarse, daba un buen lavado a su planeta. Si veía un brote de baobab, lo arrancaba de raíz. Era una tarea fastidiosa



y pesada, pero tenía que obligarse a sí mismo a realizarla con constancia.

—Conocí un planeta habitado por un gandul. Y resulta que descuidó tres arbustos... —me confió mi amigo.

Así fue como, al tercer día con el principito, supe por qué consideraba tan importante un simple cordero.

V

Al cuarto día, conocí la única distracción del principito en su hogar. Debía de sentirse un poco más melancólico de la cuenta, porque me dijo de sopetón:

—¿Sabes? Me gustan mucho las puestas de sol. Vayamos a ver una puesta de sol...

—Pero habrá que esperar...

—¿Esperar a qué?

—Esperar a que el sol se ponga.

Nosotros, en la Tierra, sabemos que tenemos que esperar al atardecer para asistir a una puesta de sol. Pero en su planeta, tan pequeño, al principito le bastaba solo con correr su silla unos pasos para tener una puesta de sol, y unos pasos más para volver a contemplarla, tantas veces como lo deseara. Pero en nuestro

Una versión del clásico de Antoine de Saint-Exupéry,
en una traducción mágica y preciosa.
Una obra maestra de la literatura adaptada hoy
para los niños de hoy.

 **Bruño**

7248089

ISBN: 978-84-696-4515-4



9 788469 645154